

El viaje más hermoso **Antonio Gómez Rufo**

Don Ezequiel hacía siempre el mismo viaje, en el día, ida y vuelta. Por la mañana, temprano, entraba en el aeropuerto de aquella pequeña ciudad, se acercaba al mostrador, saludaba a Maribel y ella le daba los buenos días mientras rellenaba su billete.

- ¿Cómo siempre don Ezequiel?

- Si, hija, ya lo sabes.

Después esperaba un ratito sentado, repasando el envoltorio del paquete que todos los días, también, llevaba debajo del brazo, y recordando sus tiempos de empleado de aquella pequeña compañía aérea regional que le permitía viajar gratis. Así hasta que oía por los altavoces que podía embarcar en el avión.

Durante los primeros meses, su paquetito envuelto en papel de embalar y fijado por un cordelito fino pasaba por el escáner, para que los policías diesen el visto bueno a su inocencia, pero ya hacía tiempo que nadie se interesaba por él.

- Buenos días, don Ezequiel -le saludaba el cabo de la guardia civil, con una amplia sonrisa-. Otra vez de viaje, ¿eh?

- Ya sabe -inclinaba dulcemente la cabeza el viejo.

Nieves, la azafata, le esperaba en la puerta de embarque y le acompañaba hasta su asiento en el interior del avión. Unos días le tomaba del brazo; otros, si había dormido bien, le daba un beso.

- Hoy llega un poco tarde, don Ezequiel -Nieves le regañó cariñosamente-. Ya me tenía preocupada.

- Es que estaba ahí, sentado. Y es que, hija, cada vez me canso más. Los años...

- No diga eso... Si está usted como una rosa.

- Pero en otoño, hija. En otoño...

Por la tarde, cada día también, regresaba en el mismo vuelo. Venía más fatigado, también más triste. No traía el paquetito y Nieves observaba que de vez en cuando se le caía una lágrima al subir al avión.

Un día no se presentó don Ezequiel en el aeropuerto, a la hora acostumbrada; y en todos cuantos le conocían se produjo una especie de vacío que al principio no supieron explicar, hasta que Matías, el oficial de aduanas, preguntó en voz alta si alguien había visto al viejo. Fue Maribel la que corrió hasta Nieves y se tomaron de la mano como pidiéndose una explicación o acompañándose en el miedo que les atenazaba.

- Le ha tenido que pasar algo...
- No quiero ni pensar que...
- Calla.

Aquel día fue especialmente triste para todos los que le habían acompañado, durante los dos últimos años, día tras día, sin faltar uno solo.

El cabo, el oficial de aduanas, el auxiliar de vuelo, las azafatas y hasta el piloto notaron su ausencia y se tragaron una pena que no quisieron traducir en congoja para no alarmar al resto de los viajeros y porque todos confiaban en que se tratara de una indisposición pasajera y en que al día siguiente apareciera de nuevo para realizar su viaje de costumbre.

Pero no fue así. Pasaron los días y don Ezequiel no volvió al aeropuerto. Su silueta pequeña, enfundada en su eterno traje gris marengo, encorvado por el peso de los años y con esa mirada amable, de perrillo agradecido, a veces inundada de lágrimas y otras vivaracha de alegría, no volvió a contemplarse en el vestíbulo, ni en el mostrador, ni en las escalerillas del avión. Nadie supo nunca el objeto de su viaje, ni el contenido de aquel paquetito que, con inmenso mimo, llevaba por las mañanas y dejaba en algún sitio. En invierno, con su abrigo largo y la bufanda tapándole hasta la nariz, parecía un viejo maestro de escuela, hecho de paciencia y cariño; y en verano, con su traje gris, la camisa blanca bien planchada y la corbata negra, daba la impresión de ser un médico rural jubilado en busca de su paciente favorita. Y nunca en el aeropuerto, ni en el avión, a pesar de tanto como se habló de él, supieron hasta qué punto las apariencias no siempre engañan.

La vida siguió. Nadie le olvidó nunca, pero su ausencia fue cada vez menos dolorosa. Sólo Nieves y Maribel, que sabían su nombre, le buscaron en la guía telefónica y averiguaron su domicilio y su teléfono. Cuando llamaron, una mañana, una voz femenina les dijo que estaba bien, que don Ezequiel vivía, pero que no quería hablar con nadie y que ya no quería salir de casa.

Hacía un año, más o menos, de su desaparición cuando don Ezequiel, una mañana, volvió otra vez al aeropuerto. Más encorvado, más viejo, más triste, más derrotado que nunca. Pero el anciano se acercó al mostrador y pidió a Maribel su billete de ida y vuelta. Los dedos de la chica no acertaron a teclear el ordenador, sus ojos se inundaron de lágrimas y sus labios le besaron con exageración en la frente y la cara, mientras el anciano le sonreía con amorosa paciencia e intentaba calmarla. No consiguió impedir que, a voces, llamase a Nieves, y a Matías, y al cabo y a todos los demás. La presencia de don Ezequiel fue una fiesta que él aceptó a duras penas, ahogando para sí la inmensa tristeza que le devoraba las entrañas, sonriendo cuanto pudo a los besos y a los abrazos de tantos amigos como nunca creyó tener. Le asediaron, le preguntaron, quisieron saber el motivo de su ausencia y en dónde estaba su paquetito, que hoy había sustituido por un ramillete de violetas pequeño y bien armado, al que protegía como podía de las efusiones de sus amigos.

Entonces fue cuando se sentó, tomó aire y les contó su historia. Don Ezequiel estaba solo, su mujer se había ido hacía muchos años y a su vejez había encontrado el consuelo en el regazo y el amor de doña Bibiana, una anciana a la que un día miró a la trastienda de los ojos y desde entonces le había entregado su existencia.

A Bibiana la habían recluido sus hijos en un asilo, lejos de allí, y como nunca aceptó vivir con él sin poder casarse, cada día iba a verla al asilo, merendaban juntos las madalenas que él llevaba en el paquetito y, al anochecer, se despedía hasta el día siguiente. Doña Bibiana había muerto hacía un año, de pena y de vieja, y ahora iba a visitarla a su tumba y a depositar en ella un ramillete de violetas, que eran sus flores preferidas. Eso era todo: tan simple, tan corriente y tan humano. Como un médico jubilado visitando a su paciente favorita; como un maestro de escuela mimando a la última niña de su vida. Don Ezequiel lloró, lloró con lágrimas gordas mientras les contó su historia y Nieves también lloró, como Maribel, e incluso como el cabo de la guardia, que trató de hacerse el duro pero no pudo mantener el tipo.

Desde aquel día, todas las mañanas, don Ezequiel desayuna en el aeropuerto y charla un rato con sus amigos. A veces habla de Bibiana y se le escapa una lágrima. Pero todos los días, con frío o calor, se acerca hasta ellos y comenta las incidencias de la jornada; o se enfrenta a los viejos recuerdos.

El día que no llegue nadie dirá nada, pero todos se mirarán y sabrán que don Ezequiel, viejecito y tierno, habrá empezado, al fin, su viaje más hermoso...